

FRANCISCO R. ADRADOS

IDEAS SOBRE LA DESCRIPCIÓN SINTÁCTICA Y SU PROBLEMÁTICA

Separata de «Actas del Congreso de la Sociedad Española de Lingüística
XX Aniversario»

(Tenerife, 2-6 de abril de 1990)


G R E D O S

I

P O N E N C I A S

IDEAS SOBRE LA DESCRIPCIÓN SINTÁCTICA Y SU PROBLEMÁTICA

1. *Presentación del tema.*

Este tema de la descripción sintáctica es para mí una preocupación ya antigua. Así, evidentemente, por más que siempre se aprende volviendo a repensar las mismas cosas y estudiando lo que han pensado otros, no puede esperarse de mí, en este campo, otra cosa sino una profundización de mis antiguos tratamientos del tema y una reflexión sobre los mismos a la vista de nuevas ideas que, año tras año, requieren nuestra atención. No puedo, es bien evidente, partir de cero y acogerme a tal o cual de las nuevas escuelas, con retoques más o menos personales. No dudo de sus aportaciones, no siendo la menor la de obligarnos a volver a pensar en los mismos problemas. Pero no creo que sus soluciones sean decisivas; para mí al menos, su tendencia a la abstracción, el mecanicismo y el universalismo, su alejamiento de lo que son de verdad las lenguas naturales, es una desventaja.

Me vengo ocupando de estos temas desde los años sesenta, ya en términos generales, ya en la aplicación de las mismas ideas a mi dedicación más específica, el griego antiguo. Los dos estudios son, en verdad, complementarios. Y pienso que el resultado de estas reflexiones puede tener un interés general, del mismo modo que yo fui influido por estudios bien generales, bien referidos a unas lenguas u otras. No en vano hay un lazo que nos une, que es la Lingüística General a la que, como los ríos al mar, vamos todos a parar y de la que todos volvemos, con ganancias, a nuestros estudios particulares.

Discúlpese me si recuerdo en este contexto algunas publicaciones mías anteriores: sobre todo, mi *Lingüística Estructural* de 1969 (2.^a ed. revisada de 1974), así como diversos trabajos recogidos, los más de ellos, en tres

libros: los *Estudios de Lingüística General* de 1969 (2.^a ed. de 1977), los *Estudios de Semántica y Sintaxis* de 1975 y los *Nuevos Estudios de Lingüística General y Teoría Literaria* de 1988. Añado mis trabajos de Indoeuropeo y el *Diccionario Griego-Español*, cuyos dos primeros volúmenes aparecieron en 1980 y 1986 (el tercero saldrá este año). Y mi comunicación a nuestro simposio de Diciembre pasado sobre «Semántica y Sintaxis en la Gramática Funcional de Dik» (que aparecerá en la *RSEL*).

He vuelto, de una manera más intensa y especial, a reflexionar sobre este tema al escribir una nueva y extensa *Gramática Estructural del Griego Antiguo*, en la que he trabajado durante tres años y que espero no tarde demasiado en aparecer. Cuando uno escribe un libro como éste en un dominio en que los principales precedentes son del tipo de la gramática histórico-filológica tradicional, se presentan una serie de interrogantes.

Pues no basta con una declaración programática ni con unos cuantos ejemplos más o menos vistosos: hay que luchar cuerpo a cuerpo con la totalidad de la descripción sintáctica, en términos generales y en el detalle.

Y surge, antes que nada, el problema de cómo enfocar esta descripción. ¿Hacer una Sintaxis histórica? ¿Una transformacional? ¿Una funcional? ¿Una estructural? Y, si esta última es la elección, ¿de qué tipo de estructuralismo?

Por más que uno procure estar al tanto de todas las ideas, aprovecharlas todas, no cabe duda de que tiene, en definitiva, que realizar una elección. Y que esa elección la hará buscando aquella concepción y aquel método que, en su opinión, procura una descripción más simple y exhaustiva.

No tengo más remedio que proceder, en esto, desde un punto de vista personal y crítico, pasando revista al abigarrado desfile de escuelas y modas que en Lingüística se han sucedido durante el ya largo período de mi trabajo científico. Y argumentando a favor de las ventajas del método de descripción que considero preferible. Ello, sin menospreciar los demás; aprovechando de ellos lo aprovechable y dando una información suficiente.

Porque, para ser justos, cada vez estoy más convencido de que las clasificaciones y definiciones lingüísticas sólo en una cierta medida se ajustan de una manera inequívoca a la organización interna de la lengua, trinchándola como el que trincha un pollo por sus articulaciones, según la imagen platónica. En otra medida son clasificaciones y definiciones útiles para el método y para la descripción del lingüista.

Tienen, a veces, fronteras indecisas; son difíciles las relaciones entre forma y contenido; hay hechos frecuentes de neutralización; los rasgos definitorios tienen extensión variable y no son solidarios todos ellos entre sí. Es más, pueden sustituirse, en la clasificación, unos puntos de vista por otros.

No hay más que comparar clasificaciones y terminologías de la escuela de Copenhague, la tagmémica, la Gramática Transformacional, la Gramática Funcional de Dik, por poner algunos ejemplos, para darse cuenta de que los «cortes» en el *continuum* que es la lengua se hacen con criterios variables, siempre en la esperanza de lograr descripciones más exhaustivas e inequívocas.

Sucede con frecuencia, sin embargo, que lo que se gana por un lado se pierde por otro. Y que el hablante, que procede caso por caso y en ellos encuentra complejos mecanismos de desambiguación, tiene a veces menos problemas que el lingüista, que busca dar definiciones generales.

Todo este panorama se deriva de lo que son las lenguas naturales, objeto de la descripción. No se prestan a análisis simples y definitivos, con fronteras «limpias» entre las unidades. Esto es así, por más que hombres de mentalidad lógica o matemática o cientificista, con poca experiencia de la lengua (si no es de las lenguas científicas), puedan pensar lo contrario. Tampoco se prestan las lenguas naturales a definiciones que sean intercambiables siempre entre las diferentes lenguas.

Sobre todo esto volveré. Comienzo esta exposición insistiendo en que el enfoque estructuralista, aunque menos de moda últimamente, me parece, todavía hoy, el más válido y el más rentable; es un enfoque que, de otra parte, no es incompatible, sino al contrario, con el análisis funcional. Estructura y función son conceptos correlativos, son como lo cóncavo y lo convexo en un mismo casquete esférico. En cuanto a las transformaciones, son, para mí, un criterio complementario.

Pero se trata de un estructuralismo, derivado del estructuralismo europeo posterior a la escuela de Copenhague, que no es cerrado y rígido, no está centrado en unas cuantas definiciones y dicotomías exclusivistas. Está abierto —o al menos eso pretende— a la rica multiplicidad de la lengua que intenta, simplemente, describir.

Si procedo así, es por dos razones. La primera, por coherencia con el movimiento en que he venido participando, junto con otros lingüistas españoles, desde los años cincuenta y del cual creo que lo esencial continúa siendo válido, aunque a veces esté injustamente olvidado y no se lo mencione ni en las bibliografías, rellenas de nombres anglosajones a veces de mínima relevancia. De otra, porque quiero distinguirme expresamente de los diversos movimientos que han recabado para sí la etiqueta de funcional o funcionalista: las escuelas de Martinet y de Dik son los más conocidos y habría que colocar a su lado, como raíz o como paralelo, a Tesnière y a la Gramática de Valencias. Tenemos todos, evidentemente, muchísimo en común, pe-

ro hay diferencias no menos notables y no conviene llevar a nadie a confusión. Por lo demás, es bien claro que toda gramática estructural digna de este nombre es al propio tiempo funcional; pero no lo es tanto que toda gramática funcional sea estructural. Nadie niega las estructuras y se habla de «items», de «constituents», etc.: pero a veces se olvida definirlos y establecer su sistema. Una gramática funcional del griego —excelente, por otra parte— como es la Rijksbaron analiza los distintos usos funcionales de aspectos, tiempos y modos sin intentar en ningún momento definirlos o establecer su sistema.

Evidentemente, para escribir una Sintaxis con pretensiones de modernidad de una lengua cualquiera, los datos e interpretaciones de la gramática histórico-filológica no pueden serlo todo. Es preciso embarcarse en el estudio de tantas teorías y disciplinas lingüísticas como se disputan el campo y que a veces se contradicen de la manera más radical y violenta: aunque luego, en realidad, todas aportan su ganancia y hay más cosas de común de las que pudiera pensarse: en definitiva, porque el objeto de estudio es el mismo, la lengua.

La bibliografía lingüística ocupa bibliotecas enteras de las que, en principio, nada debe desdeñarse. El adentrarse en ella es fatigante y nadie puede jactarse de conocerla toda. Su estudio es un tanto cansado y desmoralizador: tanto negar radicalmente lo que hacía pocos años se daba como dogma (y quizá vuelva a darse pronto otra vez), tanta impresión de *dejà vu* para los que llevamos tantos años en el oficio y, en un país como España, leemos cosas de toda clase de escuelas en toda clase de lenguas. A veces se queda uno estupefacto. Dice Dik en el prólogo a su *Functional Grammar* de 1978 que Fillmore descubrió la relevancia de la semántica en la descripción sintáctica. ¿Y qué llevábamos diciendo los demás desde hace no sé cuántos años? ¿Por qué no se lee la bibliografía?

Este no leer la bibliografía es uno de los graves males de la Ciencia Lingüística. Es quizá una respuesta a su increíble proliferación, una precaución para no perderse en la jungla. Pero es inaceptable. Es causa de innúmeras lagunas, de incontables posiciones cerradas y dogmáticas, de la necesidad de que periódicamente algunos hayan de descubrir nuevos Mediterráneos. Un caso extremo son los transformacionalistas. No sabían nada de la Lingüística europea, ni conocían otra lengua que el inglés: sus precedentes eran, simplemente, el estructuralismo americano, que rechazaban, y algunos conceptos de Gramática tradicional greco-latina. Ellos mismos tuvieron que corregir, luego, su antisemanticismo (o relegación de la semántica a un nivel puramente de superficie). Y con gran sorpresa descubrieron que su universa-

lismo y su logicismo tenían precedentes en el Brocense: podrían haber ido más lejos.

¿Qué hacer, entonces, cuando se intenta una descripción de una lengua natural, una lengua conocida, además, solo por la literatura? ¿A cuál de las escuelas acogerse, con cuál justificarse? ¿Con ayuda de cuál hacer la exploración? Vamos a dar nuestra propia respuesta, nuestro propio punto de vista: no intenta, de otra parte, otra cosa que ser fiel al estado actual de nuestros conocimientos y posibilidades.

2. *Panorama de los estudios sintácticos.*

Trataré ahora de exponer las ideas y teorías en conflicto para justificar en lo posible la línea seguida que, por otra parte, no es exclusivista, aunque tampoco mecánicamente sincrética o ecléctica. Pero querría presentar previamente a los principales actores de este drama de las teorías lingüísticas en forma biográfica, según han ido llegando a mi noticia y a la de mis contemporáneos. Al decir actores quiero decir teorías que han ido ocupando, simultánea o alternativamente, el centro de la escena. Al hacer la presentación se puede decir algo sobre lo que significaban: lo que justa o injustamente negaban, sus limitaciones, las aportaciones que nos han legado y de las que no podemos prescindir. Nosotros partimos de la Gramática histórica según la cual la sintaxis había que edificarla de abajo a arriba, por el método inductivo que busca, selecciona, clasifica, obtiene definiciones. El estructuralismo europeo y americano, que vinieron después, estuvieron en eso de acuerdo. Todas estas escuelas nos infundieron, a muchos de nosotros, una invencible desconfianza, una especie de alergia, ante escuelas posteriores que a partir de unos reducidos esquemas e inventarios, que a veces se presentan como universales, quieren deducir e interpretar la rica complejidad de las lenguas.

Luego vino una especie de ducha de agua fría, un despertar que nos dejó fascinados ante el *Curso* de Saussure y ante Trubetzkoy y la Fonología. Ciertamente, estamos ya muy lejos, algunos al menos, de las brutales dicotomías de sincronía y diacronía, lengua y palabra. La sincronía y la diacronía se crean recíprocamente, en la una vive la otra. Y el calificar algo de «palabra» era un recurso demasiado cómodo para quitarse de delante lo más complejo, delicado y difícil del lenguaje, mientras que la «lengua» fue el primero de esos leviatanes conceptuales o *dei ex machina* que pretenden explicarlo todo con unas cuantas fórmulas abstractas. De otra parte en Saussure estaba im-

plícita la idea de la unidad del significado de los signos, que yo por lo menos no comparto.

Pero, ¡qué novedad! Desde entonces sabemos que las entidades lingüísticas las conocemos por sus relaciones en sistema y en el texto y sólo gracias a ellas existen. Sabemos de los distintos tipos de oposiciones, de la sintagmática y la paradigmática, sabemos de la neutralización.

Luego vinieron tiempos difíciles: escuelas saussureanas que vivían aisladas unas de otras, que teniendo cosas en común se negaban el pan y la sal. Nos ponían en un compromiso. La de Copenhague, el distribucionalismo americano y el estructuralismo europeo.

La escuela de Copenhague recogió lo más radical del mensaje de Saussure, acompañándolo de la total negación de la semántica: la lengua es forma, no sustancia, decían. La Lingüística ha tardado en recuperarse de este error: un signo también tiene su significado. Para los seguidores de Hjelmslev el programa era construir un sistema de unidades y de funciones que fuera capaz de describir cualquier lengua: este idealismo mecanicista un tanto ingenuo lo inventaron ellos. Y aunque su tarea parecía más fácil al desembarazarse de la semántica, todo quedó en mero programa: un programa imposible. La escuela aportó poco y ha pasado. Pero los jóvenes de hoy deberían recordar el ambiente de entonces: todas estas escuelas conceptualistas son muy fanáticas y se constituyen en sectas. Eran los tiempos, allá por los años cuarenta y aun los cincuenta, en que los de Copenhague salían dando portazos de las salas de los Congresos cuando alguien osaba discutir sus dogmas. Eran los tiempos en que, en España, los que aspiraban a las cátedras de aquella asignatura que se llamaba Gramática General, por prudencia o por moda se disfrazaban de Copenhaguianos. Esto nos recuerda cosas parecidas de fechas más recientes. Pero volviendo a Copenhague: su antimanticismo era compartido por los distribucionalistas americanos, que motejaban de mentalistas, como si aludieran a algo de lo más feo, a quienes de algún modo se rozaran con el significado.

Cierto que a esta escuela le debemos cosas: por ejemplo, su método para construir un sistema lingüístico por inducción a partir de los datos; por ejemplo, su insistencia en la sintagmática, lo que ellos llamaron y nosotros seguimos llamando la distribución. Y que por obra de autores como Garvin, Pike, Nida y otros más estaban en trance, en un momento dado, de construir una verdadera gramática, olvidados ya de algunos prejuicios iniciales. Y entonces vino la gran revolución chomskiana, nacida del distribucionalismo y que reaccionaba contra él: puede decirse que aquel murió traumáticamente. Las modas en Lingüística son muy fuertes y además el transforma-

cionalismo respondía a tendencias profundas de una cierta cultura americana. Pero esta es otra historia.

Volvamos a Europa, es decir, a nosotros. Aquí surgió por los años cincuenta y ha continuado viviendo hasta ahora, con más o menos vigor, la corriente estructuralista derivada de Saussure, pero acompañada del estudio semántico y moderando, en ocasiones, las dicotomías saussureanas. Se intentaba, sobre todo, hacer sintaxis y semántica a partir de la lengua inductivamente, sobre la base de los criterios estructuralistas. Era, pienso, la base de un verdadero progreso, aunque mi opinión pueda parecer interesada. Nombres como los de Martinet, Coseriu, Pottier están en el centro de esta corriente.

Con ella me incorporé yo personalmente al trabajo en Sintaxis, después de algunas publicaciones anteriores en el campo de la Fonética, la Morfología y los Dialectos griegos. Es curioso que mi punto de partida concreto estuviera en una publicación de Holt, de la escuela de Copenhague, sobre el aspecto verbal del Griego: yo la discutí en mi trabajo sobre este tema publicado en 1950. Luego, en 1954, Martín S. Ruipérez insistió más ampliamente sobre el mismo tema, en parte de acuerdo en parte en desacuerdo con mi artículo, del que partía: conservo la carta en que me presentaba objeciones en el sentido de su libro posterior. Y otros colegas, como Mariner y García Calvo, incidieron sobre otros temas, sobre todo los modos latinos, desde el punto de vista estructural: de todos ellos hay ecos en mis trabajos posteriores. Para el español hay que mencionar a Emilio Alarcos, entre otros.

Así se fue constituyendo la escuela europea de Lingüística estructural de la que, en definitiva, procede la doctrina que sigo. Ciertamente que esta escuela presenta notables diferencias internas según insista o no en las oposiciones saussureanas, prefiera trabajar sobre la sintagmática o la paradigmática, esté más o menos influida por Bühler, el transformacionalismo, el funcionalismo, la Lingüística cuantitativa o la Estilística. No voy a relatar su historia. Pero hay que decir que cuantos se ocupan en detalle del análisis e interpretación sintáctica de las lenguas que nos son más familiares, de ella dependen en mayor o menor medida.

Es una larga serie de teorías la que hemos tenido que asimilar y estudiar, para nuestro aprovechamiento y, a veces, nuestra fatiga. Hemos pasado de la historia a la sincronía, de la semántica al antisemanticismo, del particularismo lingüístico al universalismo, del análisis de constituyentes al transformacionalismo, del estructuralismo al funcionalismo; y a veces al revés. De la terminología tradicional hemos pasado a la *langue* y la *parole*, al *plerema* y el *cenema*, a las reglas de reescritura y las restricciones de selección; ahora

al argumento (bárbara palabra) y el satélite. ¿Cómo utilizar todo esto cuando se va a escribir una Sintaxis extensa de una lengua concreta, cuando hay que mojarse? Y conste que no desdeño las teorías, sino al contrario: si es verdad eso que se dice de que «las teorías pasan, los hechos permanecen», no es menos cierto que sin las teorías los hechos ni se ven ni existen propiamente.

Los hombres de mi generación nos educamos en la Gramática histórica, aunque la verdad es que ésta colocaba en el centro de su atención más la Fonética y la Morfología que la Sintaxis, en la que quedaban tantas cosas de la Gramática tradicional. Yo me inicié con el *Manual* de D. Ramón Menéndez Pidal y pasé luego a Meillet-Vendryes, Schwyzzer y Ernout. Todos hemos criticado el carácter puramente histórico, puramente acumulativo y atomista de estas exposiciones. Daban un «mapa» de la gramática de una lengua, el español, o el latín, en que desaparecía toda idea de conjunto, los menores accidentes tenían tanto relieve como los más grandes. Dividían y subdividían poniendo «etiquetas» y había, así, por ejemplo, infinitos genitivos que en realidad no eran sino reflejo de la semántica de los nombres implicados: desde el genitivo del padre y del esposo al famoso genitivo del miembro agarrado. Yo decía en clase que por qué no postular, en «la mano del muerto» (ἡ χεὶρ τοῦ νεκροῦ) un genitivo cadavérico.

Y, sin embargo, conceptos importantes hay que buscarlos todavía aquí y las recogidas fundamentales de ejemplos y materiales están todavía aquí.

Tampoco voy a entrar a la descripción en detalle de las diversas escuelas que, desde la irrupción del transformacionalismo en 1957 por obra de las *Syntactic structures* han ocupado una gran parte del escenario y que se caracterizan, en general, por el método deductivo, el universalismo y la tendencia a describir las lenguas como proyecciones de sistemas abstractos muy simples. Aparte del daño que causaron relentizando el desarrollo de las descripciones estructural-funcionales, pienso que su aportación a la descripción de las lenguas naturales es bastante limitada; aunque no puede negarse que la escuela ha sido útil en el planteamiento y exploración de problemas.

Por otra parte, en otro lugar (Adrados 1976) he criticado el concepto de estructura profunda, sistema o conjunto de sistemas esquemáticos, no sabemos si abstracción o idea platónica exenta, a partir del cual se obtienen por transformación estructuras de superficie. En definitiva lo que se pretende con este método es interpretar vastos sectores de la lengua como proyección generada por sistemas muy simples, buscando así la unidad en lo diferente. Para limitarme al griego se propone, por ejemplo, que todas las oraciones subordinadas de infinitivo tienen una estructura profunda con sujeto

en Ac. Pero este es un concepto ganado subjetivamente a partir de las construcciones de la lengua real, cuya interpretación no gana nada con estas extrapolaciones. Como dice Mathews, 1981, pág. 284, en cuanto surgía una irregularidad el remedio era aplicar una transformación. El concepto de estructura profunda está, de otra parte, sujeto a discusión sobre en qué medida integra elementos sintácticos o semánticos o en qué orden (¿histórico, abstracto, trascendente?) se integran éstos. Y es un concepto indefinido en cuanto a su profundidad, puesto que a veces se considera como fundamento universal de todas las lenguas y en vez de un Nominativo nos encontramos definiendo, por ejemplo, conceptos supuestamente universales como los de agente o instrumento, que luego se transformarían en diversos casos de cada lengua. Idea de Fillmore 1971 criticada por mí en 1976 y, entre otros, por García Hernández 1987. No se gana nada con estas hipótesis para la descripción de las categorías de una lengua real.

Aun así, es de justicia señalar que el transformacionalismo —fui quizá el primero que lo expuso en España en mi libro de 1969 pero pronto me desengañé—, merece estudio, como todas las demás teorías. Descubre y explora, ya lo digo, problemas. Y hay al menos un concepto procedente de él que se explota ampliamente en mi libro: el de transformación, no ciertamente entre oraciones nucleares y generadas por ellas o entre estructuras profundas y de superficie, pero sí entre construcciones de la lengua realizada que se corresponden una vez se realizan las oportunas permutaciones de clases de palabras o de términos de categorías y funciones.

Por otra parte el transformacionalismo, que en un principio relegaba ingenuamente la semántica a las menospreciadas estructuras de superficie, hubo de cambiar con el tiempo y llegó con Katz y Fodor y, entre otros, el Chomsky de *Aspects*, a teorías más refinadas cuyo tratamiento de la semántica no está tan lejos del de los estructuralistas y aporta cosas. Remito otra vez a mi artículo de 1976, para los detalles. Y una teoría como la Gramática Funcional de Dik, que aunque se autoproclama reacción contra Chomsky (y lo es), en el fondo es bastante chomskiana, da ya un tratamiento de la semántica que la coloca en el centro mismo de la lengua.

La semántica retorna así al campo de la Lingüística, del que fue injustamente exiliada o discriminada: *naturam expellas furca, tomen usque recurret*.

Por otra parte, en la gramática funcional los esquemas más primarios de la oración en la gramática de Dik, los que Dik llama «abstract underlying predications», y que no son ya hipóstasis platónicas, sino meras abstracciones, contienen léxico, de una manera o de otra. Aunque es anómalo, para nosotros, que las «selection restrictions» (término de la gramática transfor-

macional), del tipo de + humano en *beber*, por ejemplo, operen en este primer nivel y solo en un segundo operen nociones semánticas universales (Dik habla de funciones semánticas) como «agente», «término», «dirección», «receptante», etc., muy emparentadas con las de Fillmore aunque nuestro autor (1978, págs. 39 ss.) lo niegue. Sólo en un nivel más superficial aún estarían las dos únicas funciones gramaticales que reconoce, las de sujeto y complemento directo. Pensamos que este universalismo semántico no es muy útil para describir las lenguas reales y sus sistemas de categorías y funciones, lo único real y aprehensible para nosotros. Aceptamos, por ejemplo, que en griego es previa la noción de N (y, luego, de sujeto), al estudio de las funciones semánticas de éste. Para una crítica de las ideas de Dik, cf. nuestro artículo en prensa en *RSEL*.

Aun así es un avance esta vuelta a la semántica. Y esta vuelta al estudio de las funciones, que el primer Chomsky desconocía y que luego entraron en sus esquemas y, desde luego, en los análisis de Dik, Matthews y otros más.

Hemos presenciado, en definitiva, el florecimiento de una serie de escuelas de tendencia abstracta y universalista y método deductivo, escuelas que en definitiva añoran una lengua simple, como la de la logística o la matemática, una lengua cuyos textos sean interpretables mediante una serie de simples mecanismos a partir de un núcleo bien organizado de conceptos también simples. Proyecto más bien utópico, pensamos, y buena prueba de ello es el incesante desfile de teorías y su incapacidad para dar descripciones sistemáticas y suficientemente exhaustivas de las lenguas reales. Pero proyecto que ha servido para explorar, desde otros puntos de vista, una misma realidad, que es la lengua, y para chocar con los mismos problemas, el de la sintaxis y la semántica antes que ninguno. Pues bien, hay que decir que, pese a todo, al final ha podido ser útil para estimular la reflexión de los representantes de la ya antigua gramática estructural-funcional sobre puntos difíciles del lenguaje.

Como han sido útiles, sin la menor duda, otros varios desarrollos: la teoría de las funciones del lenguaje, de Bühler y Jakobson; la Lingüística cuantitativa, que nos lleva a preferir las interpretaciones gradualistas a las antiguas radicales dicotomías (que a veces resurgen, sin embargo, así la de categorías obligatorias y opcionales en los funcionalistas a partir de Tesnière); la Sociolingüística y la Estilística, que abren los ojos sobre las múltiples estratificaciones de la lengua, sus particularismos, su apertura. Son rasgos propios de todas las lenguas naturales, universales podemos decir, pese a lo que puedan pensar los que solo creen ver lenguas científicas o artificiales con códigos simples y limitados y mecanismos simples y limitados también.

3. *Asunciones centrales y método de la descripción.*

Dejo ahora esta breve panorámica porque se me agradecerá, seguramente, que exponga ya en forma directa y más concreta que hasta el momento las asunciones y el método que estoy presentando. Aunque no evitaré, en algunos puntos, la polémica y la referencia a otras escuelas.

Quiero así contestar a la pregunta que me he hecho al comienzo cuando me planteaba problemáticamente qué hacer hoy día, tras tantas escuelas y tantas contradicciones, cuando se intenta hacer una descripción en lo posible exhaustiva de una lengua natural. Y sobre todo cuando se trata de una lengua conocida solamente a través de una serie de textos literarios de un espectro cronológico, estilístico y social muy amplio.

Naturalmente, otros podrán dar contestaciones diferentes. Yo voy a tratar de exponer aquí mi posición tratando uno tras otro una serie de puntos diferentes.

Particularismo.

Pienso que el estudio sintáctico debe proceder inductivamente, a partir de un corpus de textos lo más amplio posible; no a partir de tal teoría o definición que se intenta comprobar en los textos. Se trata de deducir de ellos el sistema de la lengua que en ellos opera.

Proponemos, ya lo hemos dicho, un estudio estructural (luego veremos en qué sentido) y pancrónico. Pero no queremos olvidar en ningún momento que hay hechos centrales y marginales, frecuentes e infrecuentes, tampoco lo sistemático (en un sentido amplio de la palabra) y las distintas normas y lo que es individual y creativo.

Se trata, en nuestro caso, de una gramática hecha desde el griego antiguo que no desdeña su atención a hechos más o menos semejantes en otras lenguas (sobre todo las más emparentadas), pero que parte exclusivamente del griego, no de hipótesis universalistas o cuasi-universalistas. Hemos expuesto en otro lugar (Adrados 1986) cómo hay dos escuelas de tipología: la que establece la tipología de una lengua como un conjunto absolutamente unitario en que todo se deduce de todo; y la que considera solamente rasgos tipológicos que están en ésta u otra lengua en forma más o menos próxima y estableciendo alianzas diversas. Esta última es la que, naturalmente, nosotros seguimos.

Efectivamente, puede aprenderse mucho sobre la sintaxis del griego o de cualquier otra lengua prestando atención a hechos paralelos de otras lenguas. Por ejemplo, los casos del latín, ruso o alemán, los aspectos del eslavo (y aun del español e inglés), las subcategorías del número en español e inglés, los sistemas de subordinadas en diversas lenguas, son útiles para aguzar nuestra visión para describir hechos paralelos del griego.

Igual de útil es el conocimiento de estas lenguas para describir, por ejemplo, los del español. Pues los lingüistas de una sola lengua, que cada vez se llevan más, están haciendo mucho daño. Pero la utilidad consiste en la existencia de hechos de paralelismo y, a veces, de contraste, no de su identidad. Los «universales» introducidos a tornillo en la descripción de una lengua causan un daño no menor.

Ya desde Curtius en el siglo pasado el afán de identificar el aspecto griego y el eslavo ha causado mucho daño para la comprensión del primero; y la identificación por Kurylowicz y Comrie de estos aspectos y algunos de nuestras lenguas modernas, más daño todavía. ¿Y qué decir de la teoría de los casos, que han sido el conejo de indias de estos experimentos *in vivo*? Prescindiendo ya de la delirante teoría de Hjelmslev, que establecía un sistema total de las posibilidades de los sistemas casuales en todas las lenguas del mundo, nos han inundado teorías sobre los casos en que, expresa o tácitamente, se identificaban el N., Ac. y D. del griego con los de lenguas diversas: incluso aquellas que no tienen casos. Y sin embargo puede haber cosas comunes, pero también las hay diferenciales. ¿Cómo va a ser el D. el mismo en griego, donde está solo frente al N. y Ac., que en sánscrito y lenguas eslavas modernas, en que hay al lado un I. y un L.? ¿Y cómo puede ser igual el G. del latín, casi siempre adnominal, que el del griego, adverbial en un 40% de los casos? Remiendos de tipo diacrónico a base de sincretismos o evoluciones secundarias no arreglan el problema cuando se trata de describir sistemas, haya o no verdad en sus explicaciones.

Éstos pueden ser algunos ejemplos. Estudiemos los hechos y luego, sólo luego, comparemos. Veremos, por ejemplo, que la función del N. no es siempre la de sujeto ni la noción de sujeto coincide siempre con la de agente. Entonces, si con Dik consideramos el sujeto como un recubrimiento sintáctico secundario de la «función semántica» de agente, y esto con carácter universal, nos quedamos sin una noción del concepto más amplio de sujeto y, desde luego, sin la de N. También en el último Chomsky (1981) «la asignación del caso» (entiéndase del N. y Ac.), que sucede en la estructura de superficie, tiene que ver con la concordancia y la rección; con lo que se da una descripción muy parcial del mismo igual que en toda la gramática

funcional. Y lo mismo si sustituimos el sistema real de los casos en una lengua por una serie de conceptos abstractos de los que luego emergerían los casos en una estructura de superficie: así en Fillmore y Dik.

Hoy día se ha elaborado una teoría parecida en el campo de los modos por obra de Lakoff (1968), Seiler (1971), Lehmann (1973) y Lightfoot (1974). Los modos serían una estructura de superficie sobre la base de unos «abstract verbs» del tipo de *entail*. La sintaxis del griego es explicada con ayuda del léxico del inglés, diríamos. Hacemos alusión a esta hipótesis, como a todas las demás, pero no la seguimos.

Sucede que las lenguas tienen mecanismos que son siempre los mismos, aproximadamente: de ellos he hablado en mi *Lingüística Estructural* (1969, págs. 842 ss.). Sucede que los sistemas de categorías, funciones y clases de palabras en las distintas lenguas a veces presentan coincidencias y paralelos. Pero sucede también que hay otras veces diferencias de detalle; y diferencias radicales entre lo que aquí y allí es gramática o es léxico y en la misma existencia o no de ciertos sistemas gramaticales, por no hablar de su organización.

Así resulta que hay una doble tensión y que a lo largo de la Historia de la Lingüística ha habido un constante balanceo en una u otra dirección. Cuando se trabajaba sobre una sola lengua, su estructura, explícita o implícitamente, se consideraba universal: así pensaron los filósofos y gramáticos griegos respecto al griego, los gramáticos medievales y hasta el s. XVIII respecto al latín. Y los generativistas respecto al inglés. Creyeron estar descubriendo un sistema universal con una lógica lingüística también universal. Y descubrieron con admiración al Brocense, que ya pensaba de un modo parecido. Antes no podía ni nombrárselo: ahora está a la última. El péndulo se desplazaba hacia ideas que parecían abandonadas.

Naturalmente, esa ingenuidad pasó y se vio pronto que las categorías y funciones del inglés (y del griego y el latín) faltan en muchas lenguas del mundo. La solución fue mucho peor: se llegó a proponer estructuras profundas universales, de las que las distintas lenguas no ofrecían sino transformaciones de superficie. Pero la descripción de esa supuesta profundidad no podía hacerse sino a partir de las lenguas reales y ello por procedimientos subjetivos y ajenos a todo posible control. ¿Partir de ahí para describir una lengua? Mejor partir de la lengua misma.

Después de los transformacionistas han venido otras escuelas que han convertido la estructura profunda en meros esquemas abstractos, han introducido la semántica, han suprimido, a veces, las transformaciones. Sigue

siendo algo que puede ser útil para reflexionar sobre las características comunes de las lenguas, no para describir una concreta.

Así, insistimos, creemos que debe aplicarse el método inductivo a partir de las lenguas particulares recogiendo datos, clasificando y estableciendo poco a poco el sistema o los sistemas. Acudir demasiado pronto a la comparación es peligroso. A veces llega a más que a empobrecer o prejuzgar los hechos, como en ejemplos anteriores. Llega a inventar hechos, como el caso ergativo, que jamás existió en Indoeuropeo, o la conjugación objetiva, que Kretschmer atribuyó erróneamente al griego prehistórico o, en Fonología, las consonantes glotalizadas que se han importado de las lenguas caucásicas y que habrían debido ser dejadas allí. No hay duda, sin embargo, de que en lenguas diferentes hay sistemas más o menos próximos de número, caso, aspecto o modo, entre otros: pueden dar luces, pero no deben reducirse a un modelo único.

Los sistemas y sus términos.

Quedamos, pues, en que la tarea de una Sintaxis del griego es describir las categorías, funciones y clases y subclases del griego, reexaminando las propuestas anteriores a la luz de un nuevo estudio, lo más completo posible, de los datos. Aunque, recordamos, en nuestro caso estamos obstaculizados por la inexistencia de inventarios y repertorios completos de materiales sintácticos clasificados. Por ello nuestra exposición, como cualquier otra de tipo general que se intente ahora, no puede ser sino incompleta y provisional.

Existen algunos principios a los que pensamos que debemos atenernos; enlazan, en realidad, con los expuestos hasta aquí. Conviene dejar hablar a los hechos y no apuntarse a ciertos apriorismos que crean bellos sistemas regulares, a ser posible universales. Por ejemplo, sistemas como el de los casos de de Groot, que establece una serie de oposiciones binarias sucesivas entre casos, aparentemente, de sentido unitario. O, como el de Kuryłowicz, que distingue entre casos gramaticales y locales, cada uno de los cuales tiene, todo lo más, el otro significado como función secundaria.

Un elemento gramatical cualquiera se define por un contexto y hay que tener este contexto a la vista cuando se habla de oposiciones. Un Ac. se opone a un N. como un compl. directo a un sujeto de un verbo personal transitivo; pero con ciertos verbos que llevan Ac. y G. con sentido diferentes, es al G. al que se opone; con otros se opone al D., es bien sabido; y con el inf. puede ser sujeto, en función correspondiente a la del N. con verbo personal (neutralización). Las oposiciones son, pues, parciales y están

condicionadas por las formas gramaticales y las subclases de palabras implicadas. Ciertos nombres carecen de determinados usos del Ac., ciertos verbos lo exigen o, al contrario, lo rechazan. La idea de un sistema total de los casos es una abstracción muy genérica, que deja fuera todo el rico detalle del uso.

Y así en general. No hay un modelo único de oposición, ni siquiera los tres tradicionales de oposiciones exclusivas, privativas y equipolentes. Si en una oposición privativa aparece un único ejemplo de uso neutro en el término positivo, ya tenemos una oposición equipolente. Pero no tan equipolente, quizá, como otra en que el uso neutro de dicho término es frecuente. Debe intervenir la estadística, hechos de frecuencia. Y puede suceder, y sucede, que el tipo de oposición cambie a lo largo de la historia de la lengua.

Existen, pues, transiciones dentro de los sistemas, como las hay entre los distintos tipos de distribución. Por debajo de las palabras flexionales y de aquello que está definido por la forma, los hechos de indeterminación o de transición son más numerosos. Esto se ve, por ejemplo, cuando se quiere establecer subclases de palabras; así, las del verbo son definidas por las subclases del nombre: es un ejercicio en que se incurre fácilmente en el círculo vicioso. También hay transiciones entre las clases de palabras, que se definen por rasgos múltiples no siempre presentes todos ellos ni siempre exclusivos de una clase.

Es que los sistemas y clasificaciones no son sino abstracciones que suministran un primer dato, una primera expectativa, al hablante y al oyente: sólo en el contexto preciso se concretan. Es este el que es realmente entendido, aunque no deja de presentar, también él, ambigüedades.

La lengua es, ciertamente, un sistema en que *tout se tient*, como decía Meillet. Pero el juego de dependencias y relaciones no se traduce en paradigmas cerrados de una vez para siempre. No hay lengua y palabra, sólo en el texto se completa el detalle fluido de los sistemas. Entran en juego la frecuencia, los hechos analógicos, las insensibles transiciones de los contextos, el juego del estilo, los niveles de lengua y la creatividad. Creemos que es esta una visión más real y realista de la lengua que la de los inventores de esquemas geométricos en que intervienen términos definidos de una vez para siempre.

Existen, de otra parte, las transformaciones. Ciertas construcciones de los casos adnominales sólo se comprenden como el resultado de una transformación del grupo de nombre y verbo; y al contrario. Y existen, insistimos una vez más, los hechos diacrónicos. Los sistemas pancrónicos que, por exigencia de la exposición, vamos a presentar, no existieron nunca: son abs-

tracciones que comprenden hechos generales del griego, más otros parciales de aquí o de allá con frecuencia diferente o distribución literaria o social diferente. A la exposición pancrónica debe seguir la diacrónica, que incluye el estudio del origen de los sistemas, a veces particularmente ilustrativo.

El significado, ¿unitario o no?

Todo esto nos lleva al magno problema de la Lingüística, el problema del significado, al que algunos quisieron aplicar la táctica del avestruz, relegándolo a otras ciencias o minimizándolo. Pero la lengua está al servicio del significado, que clasifica, relaciona, reconstruye un sentido total. Y no sólo la sintaxis, sino el léxico. No quiero insistir aquí en la fundamental identidad de los problemas del significado en uno y otro sector, en el tratamiento en ambos de los mismos significados, en las transiciones. La principal diferencia es que la Sintaxis organiza sistemas más estables y, hasta cierto punto, cerrados, más formalizados. Sobre todo esto, remito a anteriores exposiciones mías, cf. por ej., Adrados, 1988, págs. 114 ss.

La cuestión es que en el sistema de Saussure estaba implícita la idea de que un signo, que tiene un solo significante (aunque la verdad es que hay alomorfos), tiene también un solo significado. Esta implicación no es correcta: un signo tiene un significado en un determinado contexto, en otros puede tener otro; y es bien conocido, también, que el significado puede variar según el emisor y el receptor. Pero sigamos. En algunas exposiciones estructuralistas se sacó ya explícitamente la consecuencia de que el significado de las unidades gramaticales (y lexicales) debe ser único. Curiosamente, el transformacionalismo y otras corrientes abstractas posteriores siguen por el mismo camino. Katz y Fodor hablaban de *distinguishers* y *selection restrictions* (así lo aceptó Chomsky) distinguiendo entre los elementos semánticos que operan en las palabras, las constituyen, y los que funcionan solamente en la frase. No es muy diferente la posición de Pottier con sus *semas* estables y virtuales, ni la de Dik con sus *semantic restrictions* y *semantic functions*. Todo ello relativo al léxico. Pero la verdad es que una palabra tiene una semántica variable, condicionada por el contexto (que a su vez puede rechazar ciertas palabras). Igual puede decirse de las unidades gramaticales.

Volvamos a éstas. El libro de Ruipérez de 1954 propone un significado único (en «lengua») para cada término de la categoría del aspecto griego. Fuera de aquí habría realizaciones, dependientes fundamentalmente del semantema de los verbos (de sus subclases), y hechos de neutralización. Más

allá va el libro de Rubio de 1966: cada término de una categoría gramatical tiene un significado único. Y éstas son posiciones en modo alguno aisladas: constantemente se publican artículos tratando de definir de manera unitaria tal o cual término de una categoría. Apreciando mucho el trabajo de estos colegas, de los que tanto puede aprenderse, no puedo estar de acuerdo.

Ni tampoco con teorías generales como la de Kuryłowicz, para quien siempre hay una función primaria y una secundaria; o con la no muy diferente, que viene de Jakobson y que reaparece, por ejemplo, en Scherer 1975, del significado fundamental (*Grundbedeutung*) y el marginal. En varios estudios recientes (1978, 1979, 1980) Touratier se opone a esta tesis: no encuentra forma de asignar un significado unitario o fundamental a los casos latinos.

Naturalmente, estos problemas no se les presentan a los funcionalistas, que prescinden de la noción de sistema. Pero inciden sin querer en ellos cuando distinguen por ej., entre un Ac. «obligatorio» (el compl. dir.) y uno periférico, véase más abajo.

Nosotros pensamos que no hay razón ninguna, *a priori*, para afirmar o negar una de las varias posibilidades que hay para la interpretación semántica de una unidad sintáctica o lexical. Una es la unidad del significado; otra, estar acompañada de un uso neutro (así en el masculino y el femenino); otra, la acepción fundamental y la marginal o marginales, que pueden combinarse con el concepto de uso neutro (así en el N., fundamentalmente sujeto, pero también con varias funciones, entre ellas la apelativa y la oracional); otra, la existencia de varias acepciones, acompañadas o no de neutralización. Todo ello en función de las oposiciones y del contexto y con frecuencias variables. Ya se sabe: los significados centrales son más frecuentes, exigen distribuciones menos especializadas y entran en sistemas de oposiciones más rígidos. Pero hay un claro gradualismo.

¿Cuál es la solución, pues? Para mí, una clarísima: estudiar los datos (oposiciones, distribuciones, frecuencias) y sólo entonces sacar conclusiones generales.

Inducción, dicotomías y mecanismos automáticos.

Naturalmente, no se trata de aplicar el método inductivo paso a paso, pues la obra de nuestros predecesores nos da mucho adelantado. Pero hay que echar mano de él siempre que hay una duda y siempre que se intenta construir o justificar los sistemas de categorías, funciones y clases y subcla-

ses de palabras, más el reflejo de todo esto en la construcción de las oraciones simples y compuestas.

Evidentemente, existen una serie de conocimientos previos sobre cómo funcionan las lenguas en general, sobre tipología, sobre características de los sistemas, los contextos y las clasificaciones lingüísticas, sobre la construcción oracional, que son una guía y un apoyo. Pero siempre que se mantenga la mente abierta, dispuesta a rectificar de acuerdo con los datos y las clasificaciones de los mismos. Esta es la *ultima ratio*.

Inspiran desconfianza (al menos al autor de estas páginas) las dicotomías rígidas y las definiciones cerradas: siempre hay transiciones porque, como se ha dicho, las decisiones e interpretaciones se toman en último término al nivel del pasaje, en función de datos sistemáticos y distribucionales muy complejos: no sólo se trata de la distribución verbal inmediata, sino de la lejana, de la extralingüística, del carácter mismo del texto (contenido, estilo, nivel, autor, etc.). Las clasificaciones paradigmáticas son, de una parte, un telón de fondo bastante impreciso que ayuda al hablante y al oyente, indica posibilidades; de otra, un recurso para la descripción del lingüista. A veces, más lo segundo que lo primero. Ciertamente, con algo tenemos que echar a andar para entendernos: pero con crítica.

Hemos aludido de pasada a otra dicotomía más, hoy muy citada entre los funcionalistas y en un círculo bastante amplio: la que hay entre elementos obligatorios y opcionales en la construcción del verbo. Digamos algo de ella.

En realidad, procede de la gramática antigua, con su distinción entre diversos complementos: directos, indirectos y circunstanciales. A partir de aquí Tesnière, incluyendo el sujeto entre los meros determinantes del verbo (posición que no compartimos) estableció que un verbo puede tener uno, dos o tres «actantes», a saber, sujeto, complemento directo e indirecto, y un número indefinido de circunstanciales, complementos circunstanciales. El *status* sintáctico de ambos grupos sería *toto caelo* diferente.

No de otra manera la gramática de valencias o *Dependenz-Grammatik*, representada para las lenguas clásicas sobre todo por Happ, 1976, distingue entre *Ergänzungen* y *frei Angaben*, es decir, entre complementos y datos libres: incluye entre los primeros los tres actantes de Tesnière y todo su problema es determinar qué verbos tienen una, dos o tres casillas. Por su parte, Pinkster 1972 (y en trabajos posteriores como 1984) distingue entre núcleo y periferia, Dik entre predicados básicos y satélites. Pero, ¿es tan radical la distinción y tan significativa semánticamente?

La división separaría radicalmente el Ac. compl. dir. y el lativo y, sin embargo, es sabido que hay quienes derivan el uno del otro o consideran ambos como subclases de un mismo Ac. Lo mismo hay que decir respecto al D. compl. ind. y el de dirección, que difieren principalmente por la subclase del verbo.

Pero sobre todo, algunos de los mismos autores que citamos admiten que existe una gradación. Así Pinkster 1972 y 1984 admite que hay adjuntos al núcleo y a la periferia, los primeros (por ej., una determinación de instrumento) menos libremente añadibles que una determinación de tiempo o espacio. Algo semejante dice Happ.

Una vez más, hay transiciones: así, entre el Ac. y el D. complementos y los demás usos de estos casos. Oponer los dos primeros usos como «gramaticales» a todos los demás, y declarar los dos primeros usos como los únicos gramaticales, según hace Dik, es poco convincente. Todos los usos marcados por categorías y funciones formales son, en principio, gramaticales. Y en muchos hay transiciones a relaciones más habitualmente marcadas por la semántica y que llamamos lexicales.

Otro tema todavía es el de los métodos usados para establecer las clasificaciones. Ya hemos hablado del problematismo de muchas de ellas y de cómo se establecen por una serie de coincidencias: hechos formales, funcionales, categoriales. Coincidencias, de otra parte, no totales. Pues bien, existe siempre una tentación de lograr definiciones claras y absolutas ya sobre la base de criterios puramente formales, ya de otros mecánicos. Es algo muy humano el tratar de descartar la subjetividad y buscar modelos claros y nítidos, establecidos de una vez para siempre, a partir de los cuales se deduzcan todas las frases de una lengua. Pero al menos para las naturales esto no es posible: ya hemos dicho que es un intento fracasado una y otra vez.

Lo inició ya la escuela de Copenhague con su álgebra del lenguaje y su universalismo en la definición de los sistemas: pero quedó en eso, en intento. El primer chomskismo buscaba también, a partir de un conjunto de «oraciones nucleares», construir todas las frases de la lengua mediante sus transformaciones de delección, permutación y sustitución y sus «filtros». El intento fue abandonado y se sustituyó por el que parte de estructuras profundas, cuyo inventario tampoco se ha realizado nunca, sólo hay ejemplos muy polémicos.

Ahora Dik, en su libro sobre la coordinación de 1968, y otros estudiosos más, han propuesto basar las clasificaciones en los criterios de la coordinación y de las correlaciones de antecedente y consecuente y de pregunta y respuesta. Pinkster 1972 los ha puesto a prueba para clasificar los adverbios

latinos y algunos estudiosos españoles, como Crespo, de la Villa y Muñoz los han aplicado a la clasificación de las palabras invariables en trabajos diversos. Se trata de estudios referentes al griego, que es el campo al que más se ha aplicado esta doctrina en nuestro país. De ellos tomamos los ejemplos para hacer nuestra crítica, que tiene por supuesto un valor general.

El punto de partida es que dos términos coordinados (dos nombres o verbos, dos oraciones) deben tener, en principio, igual función: por tanto, si hay uno bien definido, define a su vez automáticamente al otro.

El principio es, en sí, inobjetable: tiene que haber una comunidad entre los dos términos, tienen que ser idénticos *at some level*, como dice Matthews (1981, pág. 202). Pero, ¿a qué nivel?

Para el griego hay un libro notable, el de Ottervik 1943, cuyo título es bien significativo: *Koordination inkonzinner Glieder in der attischen Prosa*. Allí pueden encontrarse toda clase de ejemplos de coordinación entre elementos diferentes (palabras de diferentes clases, diferentes grados de comparación, diferentes casos; palabra y oración, infinitivo o participio y oración, giro preposicional y oracional) que son unificados en cierta manera con finalidades estilísticas, pero siguen siendo diferentes. No hay identidad. Recuérdesse todo lo que sabemos sobre las transiciones entre funciones, términos de las categorías, significados; sobre los usos figurados, la multivalencia funcional, etc.

Así, estos criterios son útiles dentro del más general epígrafe de la atención al contexto para definir clases, subclases, categorías, funciones: pero no son una lámpara de Aladino. Usados mecánicamente pueden, incluso, provocar confusiones. Tampoco excluyen, desgraciadamente, la subjetividad.

Pues la subjetividad es connatural a la producción y la interpretación de los textos lingüísticos, a las clasificaciones del gramático también. Tratamos de reducirla tipificando los contextos, señalando oposiciones, fijando las posibilidades e imposibilidades de las clases y subclases de palabras. Pero existen inesquivables transiciones y casos de ambigüedad, sobre todo al nivel abstracto de la lengua; y ésta nos sorprende, de otra parte, con realizaciones, contextos, que creíamos imposibles. Es abierta y creadora. El ideal de lo que es la lengua científica con claras divisiones, sin polisemia, multifuncionalidad ni neutralización, no debe cegarnos. Ésta no es la lengua natural, que en sus problemas (problemas para el hablante, aunque más para el lingüista) tiene también la marca de su superioridad: su apertura y su capacidad de adaptación, evolución y creación. No nos engañemos con los mecanismos de descripción supuestamente automáticos ni con su supuesta total objetividad.

4. Conclusiones.

Creemos que queda clara y no ambigua nuestra posición en cuanto a ideas sobre la lengua y en cuanto a método. Al mismo tiempo, creemos no ser exclusivistas ni tampoco eclécticos.

Estamos en una posición que no rehusa aprender de las demás escuelas y rechaza varios de los dogmas saussureanos. Creemos en los sistemas y en sus márgenes, en lo universal y lo particular, en la unidad y multiplicidad, según los casos, de los significados, en los límites fluidos de sintaxis y semántica y de otras varias clasificaciones. Desconfiamos de dicotomías y tabús, de mecanismos automáticos inventados para describir exhaustivamente sistemas lingüísticos que no describieron en su totalidad ni los neogramáticos ni los de Copenhague ni los descriptivistas americanos ni los transformacionalistas ni, creo, los funcionalistas. Nosotros no intentamos tanto, sólo aproximarnos en cierta medida a ese ideal inasequible.

Para ello hay que desconfiar de todos y estar cerca de todos. Cerrar un poco los ojos ante sus fanatismos, que ya pasarán, dominar sus complejidades terminológicas. En gracia a lo que aportan y a que después de todo, son lo que hay. Pero, sobre todo, hay que partir de la lengua: fijar invariantes, establecer los sistemas y subsistemas y sus límites, cuando la sintaxis se degrada en clasificaciones sucesivas que a partir de un punto son lexicales. Todo ello sin ignorar el sistema ni querer forzarlo.

La lengua es un intermedio entre los hombres y entre éstos y el mundo; es a la vez una entidad propia. Nada extraño que en su estudio haya esa multiplicidad de puntos de vista de que hemos hablado, que haya esa a veces fatigosa danza y contradanza de escuelas. Que nos encontremos con el lingüista-filólogo, el lingüista-literato, el lingüista-lógico, el lingüista-sociólogo y hasta el lingüista-dibujante. Y con tantos otros más: raramente con el lingüista puro, si es que es posible su existencia. Tampoco yo lo soy. Pero el objeto de estudio de todos es uno y el mismo y eso implica a la larga una aproximación, una eliminación de tabús, una vuelta de viejas verdades, a veces más significativas y esclarecedoras en el nuevo ambiente ideológico.

FRANCISCO R. ADRADOS
Universidad Complutense

BIBLIOGRAFÍA

- Adrados, F. R. (1950): «Observaciones sobre el aspecto verbal», *Estudios Clásicos* 1, págs. 111-25.
- Adrados, F. R. (1969, 1.^a ed.): *Lingüística Estructural*, Madrid, Gredos.
- Adrados, F. R. (1976): «Reflexiones sobre semántica, sintaxis y estructura profunda», *RSEL* 6, págs. 1-25.
- Adrados, F. R. (1988): *Nuevos Estudios de Lingüística General y Teoría Literaria*, Barcelona, Ariel.
- Chomsky, N. (1981): *Lectures on Government and Binding*, Dordrecht, Foris Publications.
- Dik, S. C. (1968): *Coordination. Its implications for the Theory of General Linguistics*, Amsterdam, North Holland.
- (1978): *Functional Grammar*, Amsterdam, New Holland.
- Fillmore (1971): «The case for case», en Bach and Harms, *Universals in Linguistic Theory*, Nueva York.
- García Hernández, B. (1987): «Gramática de casos y complementariedad léxica», *RSEL* 17, págs. 1-13.
- Happ, H. (1976): *Grundfragen einer Dependenzgrammatik des Lateinischen*, Göttinga, Vandenhoeck und Ruprecht.
- Lakoff, R. T. (1968): *Abstract Syntax and Latin*, Cambridge, Mass. The MIT Press.
- Lehmann, Chr. (1973): *Latein mit abstrakten Strukturen*, Munich, Fink.
- Lightfoot, D. W. (1974): «Abstract Verbs and the Development of the Greek Mood System», en *Proc. of the XI Int. Congr. of Linguists*, págs. 549-558, Bolonia, Il Mulino.
- Matthews, P. H. (1981): *Syntax*, Cambridge University Press.
- Ottervik, G. (1943): *Koordination inkonzinner Glieder in der attischen Prosa*, Lund, Ohlsson.
- Pinkster, H. (1984): *Latiinse Syntaxis en Semantiek*, Amsterdam, Grüner.
- (1972): *On latin Adverbs*, Amsterdam, North Holland.
- Rubio L. (1986): *Introducción a la Sintaxis estructural del Latín*, Barcelona, Ariel.
- Ruipérez, M. S. (1954): *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo*, Salamanca, Colegio Trilingüe de la Universidad.
- Scherer, A. (1975): *Handbuch der lateinischen Syntax*, Heidelberg, Winter.
- Seiler, H. (1971): «Abstract structures for Mood in Greek», *Language* 47, págs. 79-89.
- Touratier, Ch. (1978): «Quelques remarques pour l'étude des cas (avec application à l'ablatif latin)», *Language* 50, págs. 98-116.
- (1979): «Accusatif et analyse en morphèmes», *BSL* 74, págs. 43-92.
- (1980): *La relative. Essai de théorie syntaxique*, París, Klincksieck.